AL CONCLUIR EL SÍNODO SOBRE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

8 C= / @ • K [ã ! * F ã G H U B ^ { ã ã ã • ã ¡ J ã U ã G

MARIO MORONTA

Pronto acabaremos las sesiones del Sínodo. Todos insisten, yo también, en que ha sido una experiencia maravillosa de vida eclesial. Se ha sentido la universalidad de la Iglesia. Nos hemos escuchado, hemos compartido y hemos sentido la fuerza del Espíritu presente y actuante en nosotros y en toda la Iglesia. Son muchos los desafíos que se presentan a la Iglesia, pero vuelve a evidenciarse lo que proclama Pablo: Un solo Señor, una sola Fe, una sola Iglesia.

Hoy y mañana votaremos las 57 proposiciones que se le entregarán al Papa. No se puede decir que sean la síntesis del Sínodo, sino de subrayados que los padres sinodales han creído conveniente transmitir al Santo Padre.

Por otra parte, hoy se dio a conocer el *Mensaje del Sínodo a la Iglesia*. Constituye una buena síntesis de lo que se vivió y estudió en estas sesiones intensas de trabajo. El punto de partida e hilo conductor del mensaje lo encontramos en la hermosa figura del encuentro de Jesús con la Samaritana (cf. Jn 4). Ella descubre, en medio del desierto y en un pozo donde se encuentra con Jesús, que es Él la verdadera fuente de un agua que salta hasta la vida eterna. Jesús sigue siendo esa fuente para la humanidad de hoy. La Nueva Evangelización apunta sobre todo al encuentro con Jesús: por parte de quienes están dentro de la Iglesia, por parte de los que se han alejado de la Iglesia y de Dios, por parte de todos los seres humanos. Y esa es una tarea irrenunciable de la misma Iglesia: proclamar el Evangelio de salvación, provocar el seguimiento de Jesús y hacer que la fe conlleve la comunión en el encuentro vivo con Jesús de Nazaret. Para lograr ese encuentro es fundamental centrarse en la Escritura Sagrada.

Hay un requisito importante: debemos evangelizarnos para poder evangelizar. Esto exige también la conversión personal y comunitaria, que debe desembocar en una conversión pastoral de la comunidad eclesial y cada uno de sus miembros. Además, al leer los signos de los tiempos, se requiere que seamos capaces de reconocer las nuevas oportunidades para la evangelización hoy. Para ello hay que prestar atención a los agentes de la evangelización: obispos, presbíteros consagrados, laicos, catequistas... De igual manera a los ámbitos de la misma evangelización: la familia, la parroquia con sus comunidades eclesiales de base (durante el Sínodo se insistió en la promoción de las comunidades eclesiales en el marco de la parroquia como comunidad de comunidades). Se destacó la

necesidad de atender a la juventud y hacer de los jóvenes agentes de anuncio del evangelio entre los mismos jóvenes. No se dejó a un lado el diálogo con la cultura, la inculturación y el encuentro dialogante con el mundo de hoy.

Los eventos del Año de la Fe, los 50 años del Concilio y los 20 del Catecismo de la Iglesia constituyen un marco de referencia que no hay que obviar. Durante el Año de la fe, se nos invita a contemplar el misterio de Dios, pero sin dejar de contemplar el rostro de la humanidad; especialmente el rostro de los más pobres. La opción preferencial de los pobres es propia de todo creyente. El Papa ha dicho que forma parte de la fe en Cristo.

En el mensaje del Sínodo se hace referencia a los diversos ámbitos territoriales y continentales. Hay una especial dedicación a las Iglesias Católicas Orientales. Cuando se hace referencia a Latinoamérica se comprueba la importancia de la piedad popular y las diversas formas de servicio en la caridad, que son como rasgos distintivos de los miembros de las Iglesias presentes en nuestras naciones. También se distingue la capacidad de un diálogo con la cultura y la inculturación. No deja de ver dos grandes problemas que desafían a la Iglesia. Uno es el pluralismo religioso que conseguimos en nuestra región y que exige un renovado y decidido anuncio del Evangelio por parte de la Iglesia. El otro es el de la violencia y la creciente pobreza que requiere un estado permanente de misión por parte de la Iglesia, en el que el anuncio de salvación del Evangelio se haga sentir. El anuncio debe desembocar en comunidades donde se experimente el ser discípulos del Señor Jesús. Se requiere para ello reforzar el testimonio de vida cristiana, alimentado por la Palabra y los sacramentos, en especial la eucaristía.

María es presentada como modelo de la Iglesia y de todo creyente y como la estrella de la nueva evangelización.

Quisiera compartir tres cosas que me parecen importantes.

Una primera es pretender reducir el Sínodo a las Proposiciones. Estas revisiten su importancia porque son sugerencias importantes al Santo Padre. Pero no se puede obviar el trabajo previo, reseñado en los *Lineamenta*, en el *Instrumentum Laboris* así como en los aportes de los padres sinodales. Con todo ello, el santo Padre, ayudado por un equipo ya designado para ello, podrá elaborar una Exhortación post-sinodal. Los participantes tienen la ilusión y el anhelo que pueda ser una especie de «nueva *Evangelii Nuntiandi*», que marque el camino de la Iglesia para los próximos tiempos.

La segunda es el interés por la Nueva Evangelización. Podemos caer en la tentación de que pasado el Sínodo ya todo se ha resuelto. Con la ayuda de los participantes en el Sínodo, así como con los diversos subsidios producidos, las reflexiones de muchas comunidades y personas, creo que hay que ir creando un clima de compromiso y promoción entre nosotros para hacer de la Nueva Evangelización una tarea que nos una a todos y nos permita leer los signos de los tiempos, así como dar respuestas concretas a tantos desafíos que se nos presentan.

La tercera es una reflexión que, además, presenté a los sacerdotes del Colegio Venezolano en Roma. La Nueva Evangelización debe reforzar el dinamismo profético de la Iglesia. Generalmente cuando hablamos de profetismo, pensamos en lo que debemos decir hacia fuera, a los demás: denunciando lo malo, promoviendo la participación, la justicia y la paz. Pero creo que olvidamos que se requiere un profetismo hacia nosotros, los pastores, los evangelizadores, los consagrados. Cuando uno estudia a los grandes profetas del AT, uno descubre que gran parte del mensaje iba dirigido a los pastores, sacerdotes y dirigentes del pueblo de Dios. Ellos necesitaban cambiar de actitud –conversión–. Me pregunto si eso no es algo que requerimos también nosotros: la conversión pastoral de la que habla Aparecida, debe ser asumida en primer lugar por todos nosotros.

Todo este movimiento de la Nueva Evangelización no es en vano. Vemos en él la acción del Espíritu Santo. Por eso, la primera llamada profética de este movimiento va dirigida a nosotros: los pastores, los consagrados, los catequistas, los dirigentes y animadores de las comunidades, los evangelizadores. Se requiere que tomemos conciencia de nuestro papel, con humildad y confianza en el Señor. Ello requiere que actuemos en el nombre del Señor, pero desde la experiencia de nuestro encuentro vivo con Jesús. Nos toca ser y presentarnos como testigos de la fe, de lo contrario la Nueva Evangelización se quedará en los anaqueles de las bibliotecas o en las gavetas de los archivos y, en el mejor de los casos, en operativos misioneros o pastorales.

Creo que, entre las enseñanzas que he podido sacar del Sínodo se encuentra ésta: mirarnos nosotros con sentido profético, para anunciarnos el Evangelio; sin dejar de mirar y contemplar el rostro de Dios en los demás. Pero es necesario que los evangelizadores, cualquiera que sea nuestra tarea o responsabilidad dentro de la Iglesia, seamos testigos de la fe, del amor y de la esperanza. Habrá que desmontar muchas cosas, habrá que dejar muchas posturas o posiciones, habrá que abrir la mente y los corazones. Pero sobre todo habrá que dejar que sea el Espíritu quien nos guíe, para que podamos actuar en el nombre del Señor.

Acaba un Sínodo y continúa la vida de la Iglesia. Hemos sentido, no sólo en los asistentes y participantes, sino en tantas comunicaciones y experiencias venidas de tantas partes, así como en las realizaciones de nuestras comunidades, que hay más que una ilusión. Hay un anhelo de que lo que tantas veces hemos oído hablar se haga realidad. Una Nueva Evangelización. La acompañamos con nuestra oración y con nuestro compromiso, todos estamos invitados.

A través de nosotros, si somos fieles al compromiso evangelizador, muchas «samaritanas» podrán descubrir la auténtica fuente de agua verdadera, la que viene de Cristo, el Señor de la salvación y de la vida.